

CAPITULO XXXVII.

LOS FRUTOS.

SUMARIO.—Lo que son los frutos del Espíritu Santo: relacion que dicen con los frutos de los árboles.—Cualidades que constituyen el fruto.—Cómo se producen los del Espíritu Santo.—El ingerto, la poda.—Explicacion que la vision de Santa Perpétua suministra.—Variedad de especies en el jardin del Espíritu Santo.—Por qué se llaman frutos.—Este nombre nos recuerda nuestra semejanza con Dios y la bondad de Dios para con nosotros.—Diferencia entre los frutos y las bienaventuranzas.

Hemos explicado la gracia, las virtudes, los dones y las bienaventuranzas. Hemos contemplado todo el magnifico sistema de elementos deificos, que encadenándose unos con otros, elevan al hombre hasta la semejanza con el Verbo encarnado. Y sin embargo, no está agotada la mina: á todas esas riquezas se añaden otras riquezas.

“Glorioso es el fruto de los buenos trabajos,” dice la Escritura (1). ¿Y qué trabajos más nobles que los de nuestra deificacion? ¿Qué frutos más deliciosos que los que les corresponden como recompensa? Cada beatitud ó acto beatífico nos aproxima á Dios. Pues Dios es juntamente perfeccion absoluta y felicidad suprema. De donde resulta, que á cada paso que damos hácia Dios, corresponde un goce, es decir, que los frutos nacen de las beatitudes, como del árbol el fruto. Estos nuevos favores del Espíritu Santo, completando la obra de nuestra creacion divina, hacen del cristiano

1. Bonorum enim laborum gloriosus est fructus *Sap.*, III, 15.

como un Dios de la tierra, *terremus Deus*, y de su vida terrestre un cielo anticipado, *conversatio in calis*.

Para comprender esto, basta con saber lo que debe responderse á las cuestiones siguientes: ¿Qué se entiende por frutos del Espíritu Santo? ¿Cómo se producen? ¿Por qué se llaman así? ¿En qué se diferencian de las bienaventuranzas? ¿Cuál es su número? ¿A qué se oponen?

1º ¿Qué se entiende por fruto del Espíritu Santo? En el orden natural se llama fruto el producto de los árboles y plantas: la manzana es el fruto del manzano; la nuez, de la noguera; la fresa, de la planta del mismo nombre, y así de los demás. Los frutos, tan varios como las plantas, se asemejan todos en que tienen algo que es *agradable* segun la especie de cada uno, y en que son el *último esfuerzo* de la planta (1). Ser agradable y el último esfuerzo de la planta son las dos condiciones necesarias para constituir el fruto propiamente dicho. Por falta de ellas, las hojas y las flores no se llaman frutos.

Aun el mismo fruto, antes de madurar, no lleva el nombre de tal simplemente y por excelencia. Para nombrarlo cuando se encuentra en ese estado imperfecto, se le agrega un epíteto que caliñque su imperfeccion; y se dice: fruto ácido, fruto verde. La razon es, que no tiene todavía las cualidades esenciales del fruto, el color, el sabor, la dulzura, cuyo conjunto constituye su belleza y su bondad, formando un producto perfecto. Cuando el árbol ha dado su

1. Fructio et fructus ad idem pertinere videntur, et unum ex altero derivari. . . . Unde á sensibilibus fructibus nomen fructio- nis derivatum videtur. Fructus autem sensibilis est id quod ultimum ex arbore expectatur, et cum quadam suavitate percipitur. *S. Th.*, I, 2, q. XI, art. 1. — Ad notionem fructus sufficit quod sit aliquid habens rationem ultimi et delectabilis. *Id.*, *id.*, q. 70, art. 2.

fruto, ha cumplido su destino; entonces descansa y se prepara á dar nuevos frutos á su debido tiempo.

De aquí esta definición del Ángel de las escuelas: "Se llama fruto al producto de la planta cuando llega á la perfección y tiene cierta dulzura (1)."

Según una comparación familiar del Evangelio, el hombre es un árbol; sus obras son los frutos. De donde se toma esta otra definición de Santo Tomás: "Frutos son todas las obras de virtud, en las cuales se deleita el hombre (2).". Los frutos del hombre como los de las plantas, se diferencian unos de otros por sus cualidades, según la naturaleza de la savia que circula por las venas de ese árbol viviente. Si los producen la razón y las virtudes puramente humanas, son bellos y buenos con una belleza y bondad puramente naturales. Si los producen la gracia y las virtudes sobrenaturales, son bellos y buenos con una belleza y una bondad sobrenaturales.

Para que el producto de la planta merezca, como acabamos de ver, el nombre de fruto, debe ser el último esfuerzo de la planta y tener cierta dulzura. No son menos necesarias ambas condiciones para constituir el fruto espiritual. Por de pronto, todo acto virtuoso, para poderse llamar fruto, debe ser perfecto en su género, es decir, ser el último esfuerzo del principio que lo produce. El acto imperfecto no es digno de este nombre. Así, las veleidades del bien, los actos de cualquier virtud, practicados con flojedad ó con mala intención, ya no son frutos espirituales, como ni los abortos, ni las flores, ni las hojas son frutos naturales (3).

1. Dicitur fructus id quod ex planta producitur cum ad perfectionem pervenerit et quadam in se suavitatem habet. *S. Th.*, l. 2, q. 70, art. 1.

2. Sunt enim fructus quæcumque virtuosa opera in quibus homo delectatur. *S. Th.*, l. 2, q. 70, art. 2.

3. . . . Fructus hominis id quod homo adipiscitur, non autem

Es preciso además, que el acto virtuoso tenga cierta dulzura. ¿Qué dulzura es esta? Es el testimonio de la conciencia y el gozo íntimo que lleva consigo el cumplimiento entero y noble del deber. Aunque esta dulzura no sea siempre sensible, no por esto deja de ser real. Se puede aquí hacer aplicación de aquellas palabras del Apóstol: "En verdad que al presente toda corrección no parece ser de gozo, sino de tristeza: mas después dará un fruto muy apacible de justicia, á los que por ella han sido ejercitados (1).". Esta dulzura hecha habitual en el alma, constituye el festín delicioso de que habla el Espíritu Santo y que reemplazará todas las alegrías sin poder ser reemplazado por ninguna de ellas (2). ¿De dónde proviene que del deber dignamente cumplido resulte la alegría? De que es un paso más hacia Dios, nuestro fin último y suavidad infinita.

Se ve por esta explicación, que *los Frutos del Espíritu Santo son todas las buenas obras dignas de este nombre, hechas bajo la inspiración del Espíritu Santo y en las que el hombre encuentra su alegría* (3). Esta definición distingue los frutos del Espíritu Santo de los actos virtuosos en general. Efectivamente, hay en el hombre dos principios de acción: el uno natural, que es la razón; el otro sobrenatural, que es la gracia. Las buenas obras practicadas, según las luces de la razón, son los frutos de la razón. Las buenas obras hechas bajo el impulso de la gracia, son los frutos

omne id quod adipiscitur homo, habet rationem fructus; sed in quod est ultimum et delectationem habens. *S. Th.*, *ut supra*.

1. *Hebr.* xii, 11.

2. *Secura mens quasi iuge convivium. Prov.*, xv, 15.

3. Si operatio hominis procedat ab homine secundum facultatem suæ rationis, sic dicitur esse fructus rationis; si vero procedat ab homine secundum altiorem virtutem, quæ est virtus Spiritus Sancti sic dicitur operatio hominis fructus Spiritus Sancti, quasi cujusdam divini seminis. *S. Th.*, l. 2, q. 70, art. 1.

del Espíritu Santo, autor de la gracia. Grande es, pues, la diferencia entre unos y otros. Los primeros son obras naturalmente buenas, actos de virtudes puramente humanas, por consiguiente, inútiles para el cielo y que no proporcionan más que un placer imperfecto. Los segundos poseen junto con toda la bondad natural de los primeros, una bondad sobrenatural que los hace dignos del cielo; porque la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona: *Gratia non tollit naturam, sed perficit.*

2º ¿Cómo se producen los frutos del Espíritu Santo? He aquí una de las cuestiones más bellas de teología. Preguntar de qué manera produce el Espíritu Santo sus frutos en el hombre, es preguntar cómo el árbol produce los suyos. El árbol produce sus frutos por el ingerto y por la poda, según su especie. Por análogos medios el hombre, árbol miserable, viciado, raquítico, produce frutos de belleza inmarcescible y delicioso sabor.

El Espíritu Santo forma al nuevo Adán, verdadero árbol de vida, plantado en medio del verdadero Eden que es la santa Iglesia católica. En este árbol divino están ingeridas por el Bautismo las ramas del acebuche que se llaman el viejo Adán (1). Estos ingertos, nutridos como de una savia sobrenatural, de la gracia del Espíritu Santo que habita en Nuestro Señor Jesucristo en toda su plenitud, participan de la vida del árbol divino, y producen frutos de la misma naturaleza que los de aquel. Así, no es el hombre, si hemos de hablar con propiedad, quien los produce, sino el mismo Espíritu Santo, principio necesario, eternamente activo y eternamente fecundo de la vida sobrenatural. De aquí viene el que se llamen, no frutos del hombre, sino *frutos del Espíritu Santo.*

1. *Rom.*, xi, 17-24.

Conocemos el ingerto; pasemos á la poda. En el orden material, la poda de los árboles es uno de los mejores medios para obtener buenos y abundantes frutos. Lo mismo sucede en el orden moral. "Todo sarmiento que diere fruto, mi Padre lo limpiará, decía Jesucristo, para que dé mas fruto (1)." La poda divina dura toda la vida. En ninguna parte la hemos encontrado mejor representada que en la célebre vision que tuvo Santa Perpétua. "Un dia, escribe esta jóven é inimitable heroína, me dijo mi hermano: Hermana mia, tú estás ya tan adelantada en el amor de Dios, que cualquier revelacion que le pidas, al punto te la concederá: pídele, pues, que te haga saber, si le place, si saldreis absueltos del tribunal, ó sereis condenados á morir mártires. Y yo con gran confianza prometí pedirlo y dije á mi hermano: Mañana podré responderte. Rogué, pues, al Señor y me envió esta vision.

"Vi una escala de oro, maravillosamente larga; tanto que se elevaba hasta el cielo; pero tan estrecha, que no podia subir por ella más que una persona á la vez: estaba guarnecida por ambos lados de toda clase de instrumentos cortantes, espadas, lanzas, cuchillos, puñales; de manera que quien subiese sin una grande atencion y sin mirar á lo alto, no podia dejar de recibir muchas heridas en todo su cuerpo. Al pié de la escala estaba echado un dragon desmedidamente grande, que investia á los que querian subir por ella y los espantaba para que no subiesen. No obstante, subió primero que nadie mi hermano Saturno; y llegado á lo alto, se volvió á mí y me dijo: Perpétua, aquí te espero; pero ten cuidado con el dragon; yo le respondí: Espero en Nuestro Señor Jesucristo, que no podrá hacerme ningun mal. Y el dragon, como temiéndome, alzó pausadamente

1. *Joan.*, xv, 2.

la cabeza, y yo entonces puse un pié en el primer peldaño de la escala y otro en la cabeza del dragon y lo pisé y subí arriba.

“Y allí descubrí un jardín inmenso, y en medio de él un hombre de venerable aspecto, en traje de pastor, que estaba sentado ordeñando sus ovejas; y al rededor de él habia millares de personas cubiertas de blanquísimas vestiduras! Alzando la cabeza, me vió y me dijo con dulzura: bien venida seas, hija mia; y me llamó por mi nombre, y me puso en la boca cierto manjar hecho de la leche que ordeñaba: yo lo recibí juntando las manos, y lo comí; y todos los que estaban al rededor de él, dijeron entónces: Amen. Este sonido de tantas voces me despertó, y advertí que mascaba cierta cosa de una maravillosa dulzura. Luego al punto le conté todo esto á mi hermano y entendimos que debíamos sufrir bien pronto el martirio (1).”

Una escala de oro, que llega desde la tierra al cielo, estrecha, y toda llena de instrumentos cortantes; he aquí la vida, camino del cielo, con las pruebas más ó ménos dolorosas, pero continuas, que constituyen respecto al hombre la saludable operacion de la poda, quitándole todo lo que tiene de sobra ó de malo en sus pensamientos, afectos y acciones.

Incertados y podados los árboles, producen más frutos y mejores, cada uno segun su especie. Detengámonos un momento á contemplar el inmenso vergel del Espíritu Santo, á contar los árboles humanamente divinos que en Erecen, y á gozar de la encantadora belleza de sus frutos (2). Por no hablar más que de los tiempos posteriores al Mesías, véamos el árbol de vida, que teniendo sus raíces en la gruta de Belen, cubre la tierra con su sombra. ¿Qué son

1. *Act. sincer., apud Ruinart, t. 1.*

2. *Et flores mei, fructus honoris et gratiæ. Eccli., XXIV, 23.*

sus innumerables ramas? Inertos y acodos, divinamente ligados á un tronco indestructible. ¿Qué son los millones de apóstoles de los tiempos antiguos y de los tiempos modernos? Acodos divinos, cargados de frutos de gracia y honor. ¿Qué son las legiones de mártires, de solitarios, de vírgenes, de santos de todas edades, condiciones y países? Acodos divinos, cargados de frutos de gracia y honor.

Cada uno produce frutos segun su especie: frutos de fé, de esperanza, de caridad, de piedad, de humildad, de virginidad. Y los producen todos mil y mil veces, bajo todos los climas, en todas las estaciones, á todas las horas del dia y de la noche; de manera, que el vergel del Espíritu Santo no cesa de presentar á los ojos de la fé, el espectáculo de una magnífica campiña en los bellos dias de primavera y verano.

¿Qué estoy diciendo? Al lado del vergel divino, ¿qué son los prados, los campos, los vergeles con su innumerable variedad de flores y de frutos? Una sombra vana. ¿Qué es el mundo pagano, el antiguo y el moderno, con sus pretendidas virtudes? Una basta y espeza maleza, que no merece el nombre ni de jardín, ni de vergel. Comparados con los frutos del Espíritu Santo, ¿qué son los frutos de la razon, los frutos de los sábios más ponderados, los frutos de Aristides, de Sócrates, de Platon, de Escipion, de Séneca, los frutos de los sacerdotes del Egipto, de los brhammanes de la India, de los bonzos de la China, de los lamas del Thibel y de los racionalistas de Europa? Productos del orgullo, de la ambicion, del capricho, estos frutos no son, en su mayor parte, sino abortos, semejantes á las excrescencias parásitas que se forman en la corteza de los árboles viejos, ó á lo más, producciones instípidas y sin utilidad real.

¿No será este el lugar oportuno para que tanto los que

esto leéis, como yo que lo escribo, nos preguntemos: Ingerito divino por la gracia del Bautismo, ¿qué frutos has dado? ¿qué frutos das? Grave cuestion, porque está escrito: "Todo árbol que no lleva buenos frutos, será acortado y arrojado al fuego (1)." ¿Mi oracion vocal y mental, mis confesiones, mis comuniones, mis acciones cotidianas, qué son? Si hasta aquí he sido un árbol poco ménos que estéril, ó lo que es peor, si he tenido la desgracia de ser un árbol malo, un espino, una zarza, un cardo, que sea yo en adelante un árbol bueno, un buen acodo, fecundo en frutos de vida dignos de la sávia divina que me nutre, del sol divino que me calienta, del divino tronco en el cual estoy ingertado, del jardinero divino que me cultiva con sus manos y me riega con su sangre.

Estudiando las relaciones tan fundadas que hay entre el hombre y el árbol, acabamos de ver la manera como se producen los frutos del Espíritu Santo. Entre estas relaciones, hay una diferencia que debemos señalar. El ingerto material no produce más que una sola especie de frutos; mientras que el ingerto divino tiene la propiedad, y lo que es más, el deber de producirlos simultáneamente de especies muy diferentes; porque la sávia que lo alimenta es multiforme. Así lo han comprendido y practicado los verdaderos cristianos de todos los tiempos. Sirva de prueba el ejemplo del gran San Antonio.

Como los muchachos merodeadores, que entrando en los vergeles toman los mejores frutos de todos los árboles, el patriarca del desierto se entregaba á un piadoso merodeo, buscando en cada uno de los solitarios cuyo numeroso ejército poblaba ambas Tebaidas, las virtudes más bellas, á fin de imitarlas. En uno cogia el fruto de la mansedumbre; en

1. *Matth.*, vii, 19.

Otro, el fruto de la paciencia; en este, el fruto de la oracion; en aquel, el fruto de la mortificacion. Así debemos hacer nosotros, para que á la llegada del divino jardinero, seamos reconocidos por árboles buenos y como tales trasplantados al vergel eterno del Espíritu Santo

3º ¿Por qué los frutos del Espíritu Santo son llamados así? La razon principal es, que toda obra completamente buena, proporciona al alma un goce semejante á aquel otro que la maduracion de un excelente fruto produce en el paladar. ¿Qué misterio se encierra en esto? El fin del hombre es hacerse semejante á Dios. Todos los actos verdaderamente virtuosos son otros tantos grados que lo aproximan á esta semejanza. Esta aproximacion sucesiva lo constituye en relaciones cada vez más íntimas con Dios; y estas mismas relaciones adquieren, perfeccionándose, una suavidad tanto más grande, cuanto van siendo el resultado de una proximidad más y más cercana á Dios, que es la suavidad por esencia. Tal es la razon por la cual á cada progreso corresponde á una suavidad, y por la que los mejores de entre esos adelantados llevan justamente el nombre de frutos, y de frutos del Espíritu Santo; porque solo El es quien nos ayuda á producirlos.

Así, Dios nos revela de una manera sensible nuestra semejanza con El y nos trata en cierto modo como El se ha tratado á sí mismo. Quiere que el don de la tierra cree sus obras, como El creyó las suyas: y que guste su dicha al crearlas, como El mismo la gustó creando el universo. Dios dijo al acabar cada una de sus obras, que era buena: *Et vidit quod esset bonum*. Siete veces repite la misma palabra. Esta aprobacion misteriosa encierra juntamente la proclamacion de la perfeccion relativa de la nueva criatura, y la manifestacion de la alegría que causa á su autor.

Solamente en el último día de la creación, y después de dar la última mano á todas sus obras, es cuando Dios modifica sus expresiones y pronuncia la palabra de satisfacción suprema, universal. Vió que todas las cosas que habia hecho eran muy buenas, después de lo cual descansó: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona, et requievit.* Como muy buenas en sí mismas, eran la última palabra del poder, de la sabiduría y de la bondad creadora. Como buenas en su conjunto, eran aptas para cantar las glorias del Criador hasta el fin de los siglos, sin dar jamás una nota en falso. Buenas á los ojos de Dios, podian proporcionarle con su perfección un contento indecible.

Lo mismo podemos decir del hombre. Después de cada obra buena que lleva á cabo dignamente, puede decir sin atribuirse nada á sí mismo: Esto es bueno, *Vidit quod esset bonum*; y gusta así la suavidad particular del fruto que acaba de producir. Siete veces repite la misma expresión, porque los siete dones del Espíritu Santo son los principios de todas sus obras buenas. A la manera del Criador, no podrá pronunciar la palabra de satisfacción suprema, hasta después que recoja su último fruto, acabando la obra de su deificación. Solamente entonces podrá decir echando una mirada sobre el conjunto de su vida: He acabado mi obra, gracias á Dios, y es muy buena; no me resta más que entrar en el reposo de la eternidad: *Vidit cuncta quæ fecerat et erant valde bona, et requievit.*

Revelarnos uno de los rasgos más nobles de nuestra semejanza con Dios, no es más que la primera razón de la suavidad especial de cada una de las buenas obras. Pero aún hay otra. Para impedir que Israel echase de menos los groseros alimentos del Egipto, suavizarle las fatigas del viaje al través de las arenas del desierto, fortalecerlo con-

tra sus enemigos y darle á probar las delicias de la tierra prometida, el Señor, movido de su paternal bondad, le envió el maná. Este alimento celestial tenia todos los gustos y satisfacía á todas las necesidades. Israel es la imagen del cristiano. Dando una suavidad especial á cada una de las buenas obras, Dios ha hecho de ellas un maná; ¿y qué quiere con esto? Hoy como siempre quiere hacer que el hombre cobre asco á las pérdidas dulzuras del fruto prohibido. Quiere quitar las profundas amarguras á su existencia; y haciendo que encuentre placer en el cumplimiento del deber, animarlo en los combates de la virtud.

No encontrando estas diversas dulzuras, ¿quién no desfalleceria en medio del desierto de la vida? ¿Quién no abandonaria el servicio de un señor, cuya mano, como dice la Escritura, no diera á sus servidores sino pan de lágrimas y de arena? Pero estando tales suavidades de por medio, ved lo que pasa. A ellas se deben el valor heroico de los mártires y penitentes; la embriaguez santa en medio de los tormentos, la resignación en el dolor; la insensibilidad para los atractivos del vicio y desprecio constante de las alegrías, que el demonio, el mundo y la carne pueden prometer. Y por cuanto son necesarios á todos, á los pecadores arrepentidos y á los justos firmes en la virtud, si bien más á aquellos que á estos, van ligadas en ciertas proporciones, no solamente á las bienaventuranzas ó actos beatíficos por excelencia, sino á todos los actos virtuosos, dignamente practicados.

Ahora vemos la razón de por qué se da el nombre de fruto, en el lenguaje divino, á las obras practicadas bajo el impulso del Espíritu santificador, y el lugar que necesariamente corresponde á estas dulzuras celestiales en el trabajo de nuestra deificación.

4º ¿En qué se diferencian los frutos de las bienaventuranzas? Que los frutos difieren de las bienaventuranzas, lo prueba la diferencia de los nombres dados á unos y á otras, y tambien su número. Todas las cosas que se llaman con distintos nombres, se diferencian entre sí. Pues bien, los nombres de los frutos no son los mismos de las bienaventuranzas. Por otra parte, el Evangelio cuenta siete bienaventuranzas, y el Apóstol doce frutos. La diferencia se ve clara estudiando estos y aquellas en su naturaleza íntima.

Los frutos difieren de las bienaventuranzas, como lo ménos difiere de lo más. Para que un acto virtuoso merezca el nombre de fruto, basta que sea completo y deleitable, en otros términos, que sea el último esfuerzo del principio natural ó sobrenatural de que proviene, y que cause en el hombre la satisfaccion que resulta del cumplimiento del deber. Mas para que merezca el nombre de bienaventuranza, es preciso que el acto sea una cosa perfecta y excelente (1). Así es, que la bienaventuranza supone á la vez acto virtuoso y suavidad en el acto. Supone además, una gracia superior, como principio del acto; una cosa excelente, como objeto; una suavidad mucho mayor, como resultado.

De estas nociones resulta: 1º Que todas las bienaventuranzas, ó segun la explicacion que hemos dado, todos los actos beatíficos verificados bajo la influencia de los dones del Espíritu Santo, pueden ser llamados *frutos*; mas no todos los frutos pueden llamarse *bienaventuranzas*. “En efecto, dice Santo Tomás, frutos son todas las obras virtuosas en las cuales el hombre se complace; pero el nombre de

1 Plus requiritur ad rationem beatitudinis quam ad rationem fructus. Nam ad rationem fructus sufficit quod sit aliquid habens rationem ultimi et delectabilis. Sed ad rationem beatitudinis, ulterius requiritur quod sit aliquid perfectum et excellens. *S. Th.*, l. 2, q. 70, art. 2.

bienaventuranzas se reserva á ciertas obras perfectas que, por razon de su misma perfeccion, son atribuidas más bien á los dones del Espíritu Santo que á simples virtudes (1).”

2º Qué, en el órden jerárquico, las bienaventuranzas son superiores á los frutos, y el término más elevado de la perfeccion cristiana. En efecto, pueden gustarse los frutos aparte de las bienaventuranzas, puesto que entran en la naturaleza de todo acto virtuoso; pero no se les gusta plenamente más que en la práctica de las bienaventuranzas, que son los actos virtuosos por excelencia. Así, en un vergel los árboles de especies diferentes producen frutos de los que cada uno tiene su bondad particular, que le merece el nombre de fruto; pero, estos frutos, como los árboles que los producen, se distinguen unos de otros por tener cualidades diferentes.

3º Que recordando la definicion de las bienaventuranzas y la de los frutos se comprende perfectamente la diferencia que los distingue. Las bienaventuranzas ó actos beatíficos, son las buenas obras producidas por los dones del Espíritu Santo: *Beatitudo est operatio doni*. Los frutos son estas mismas obras verificadas con la mayor perfeccion, y que producen la satisfaccion íntima del alma: *Fructus est aliquid habens rationem ultimi et delectabilis*.

El capítulo siguiente nos dará á conocer el número de estos frutos divinamente dulces, y el lugar que ocupan en el paralelismo, tantas veces notado, que hay entre la obra del Verbo encarnado y el remedo que de ella hace Satanás.

1. Unde omnes beatitudines possunt dici fructus, sed non convertitur. Sunt enim fructus quæcumque virtuosa opera in quibus homo delectatur, sed beatitudines dicuntur solum perfecta opera, quæ etiam ratione suæ perfectionis magis attribuntur donis quam virtutibus. *Ibid.*